



CAPÍTULO ONCE

I



AGUEDA Pía necesitaba creerle. Marco Fortis le habló con toda sinceridad. Su antigua amistad con Mónica Poldo, su vida al lado suyo, la noche de Venecia, el viaje, las cartas, la renovación que había sentido en su alma el Arquitecto al verla á ella, todo esto contado efusivamente, generosamente, con lágrimas á veces, al otro día de la llegada de Mónica Poldo al pueblecito, sirvió para explicarle á la mujercita aquel «Marco Fortis, sono io!» que tanto la había sobresaltado por la resonancia ancestral que despertó en su alma.

Calló Marco Fortis, inspeccionando en lo profundo de los ojos, con los suyos velados de emoción, á Agueda Pía.

Le tenía cogidas las dos manos.

Le preguntó:

—¿Estás más tranquila?

Por toda respuesta, Agueda Pía, preguntó á su vez:

—¿Cuándo la conoceré?

—¿Quieres conocerla?

—¿Por qué no...? ¿Te ha hablado ella de mí?

Marco Fortis calló.

Agueda Pía volvió á preguntarle:

—¿Te ha hablado de mí...? ¿De qué habéis hablado?

—De nada: no la he visto todavía— respondió Marco Fortis.

Era verdad. No había querido verla... Desde «Las Termas,» dejando á Agueda Pía en brazos de su madre, el Constructor había ganado, por el sendero, las colinas y estuvo andando errante hasta punta de día, temeroso de un encuentro con la Embajadora.

Penetró furtivamente en el pueblo, in ser visto de nadie; y había venido á las diez de la mañana á la Casa Blanca, deseoso de decidir con Agueda Pía, después de hablarla lealmente, un plan de conducta.

II

Inconscientemente, la mujercita le reprochó á su amigo aquella importancia que parecía darle á la llegada de

Mónica Poldo. ¿Por qué no había acudido á saludarla, á recibirla, á hablarla, como era natural? No sabía qué pensar de aquella actitud, un poco rara, de Marco Fortis.

Frente á frente de la mujer, aquella otra mujer se hacía astuta, maliciosa; tenía refinamientos y argucias que el Constructor no hubiera sospechado en ella.

Así, por ejemplo, esta calma de que ahora se reviste, esta alegría un poco forzada, esta serenidad no exenta de inquietud con que acaba de decirle:

—¿Por qué no vamos ahora, á visitarla?

—¿Los dos...?

—¡Oh yo vería el barco nada más...! Tengo ganas de ver un barco grande. Mamá Dolores vendría con nosotros... Ella ni siquiera se fijaría en mí...

—No; Mamá Dolores, no me tiene simpatía...

—¿Dicho...?

Marco Fortis era más dueño de sí que en otro tiempo. Agueda le había enseñado á conocerse; á calcular la fuerza de sus sentimientos y á tener conciencia de su poder humano.

No quería que las dos mujeres se encontraran sin saber antes con qué intenciones venía Mónica Poldo.

Y ahora se dió cuenta claramente de

la razón que le había traído tan de mañana á la Casa Blanca.

Necesitaba el permiso de Agueda Pía para hacerle á la Veneciana aquella visita ineludible. Y por la primera vez el amor tranquilo y bueno que la mujercita le inspiraba, vistióse dentro de su alma de una tinta grisácea de deber, de cosa marital, solemne, fija: Mónica Poldo, con el amplio sentido que daba á la palabra, habría dicho «provinciana».

¡Mónica Poldo...! ¡Cosa rara...! Este nombre pasaba evocador y potente por el espíritu de Marco Fortis... Tuvo una sincera amargura, un miedo instintivo á inquietudes renovadas; pero vió muy claramente que si *necesitaba* el permiso de Agueda Pía, era porque *deseaba*... ¡oh, deseaba furiosamente! la entrevista con la lejana, con la *renacida* Embajadora.

¿Seguía la mujercita intuitivamente aquellas divagaciones de su amigo?

En todo caso, la expresión de su rostro no lo dejaba conocer.

Estaban sentados en aquel mismo banco de pizarra, desde el cual Agueda Pía conferenció con Talo, la mañana famosa, hace ya meses, en que Marco Fortis llegó al pueblo...

El Constructor observó:

—Nos hemos quedado muy callados...

—Pensaba...—empezó á decir Agueda Pía.

—¿Qué pensabas?

Marco Fortis estaba impaciente por salir de aquella situación equívoca.

—Nada; me dirás que no.

—Veremos; habla.

¿Recordáis aquella devota furia del amor de Agueda Pía, que levantaba en alto, como con ambas manos, el cáliz de su felicidad, para librarlo de todos los ataques, de todos los tropiezos, de todas las amenazas, en una fuga magnífica, sendero arriba, á través de unas rocas ideales?

En aquella fuga desesperada ó delirante, la mujercita acababa de hacer alto.

No se le había roto el cáliz, intacto entre las manos.

Pero ella estuvo á punto de dejarlo caer, para llevarse las manos al costado, terriblemente dolorido.

¿Qué era? ¿Qué le acontecía? No se daba cuenta, la infeliz.

Acaso un áspid le había mordido el corazón.

III

Y cuidadosa de ocultarle á Marco esta impresión amarga, Agueda Pía, por la primera vez desde que se conocían,

tuvo un fingimiento voluntario al responderle.

—Tengo ganas, muchas ganas de conocer á tu generosa protectora, Marco. Pensaba que podías hacer una cosa...

Vacilaba, vacilaba; había una renunciación á horas tan dulces en todo lo que iba diciendo que no brotaba de sus labios sin esfuerzo.

—... pensaba que tu no debes quedarte á almorzar hoy con nosotros... Vé á verla: almorzarás con ella... La pondrás al corriente de tus cosas, de tus trabajos, de sus encargos... ¿eh?

Marco no se atrevió á contestar: tenía miedo de darle pena á Agueda, cediendo demasiado pronto... La mujercita, suficientemente aleccionada con el silencio de Marco, prosiguió:

—... y luego, por la tarde, venís juntos á la Casa Blanca. Nos conoceremos; visitaremos los tres «Las Termas»... Con lo que me has dicho del carácter de ella, han de gustarle... ¿No te parece que le gustarán?

Esta impresión, horriblemente amarga y dolorosa, de nuestro propio sér desdoblándose en dos seres diferentes, uno que habla cosas tranquilas y frías; otro que, metido en fuego líquido, apura vergonzosos tormentos inconfesados, no la había experimentado el alma dulce de Agueda Pía hasta el momento aquel.

Oía sonar su propia voz, diciendo aquellas vulgares palabras, como alguien que, metido en una cárcel, entre tormentos espantosos, oyera la copla indiferente ó liviana que canta su propio centinela.

Marco Fortis, encantado, agradecido á aquella feliz disposición de su amada que, con tanta facilidad, le llevaba precisamente á lo que él estaba deseando, se disponía á ceder.

Agueda Pía insistió aun:

—Precisamente Mari-Pepa no ha estado muy feliz esta mañana: almorzarías mal en casa.

Así, con esta inefable modestia, con esta divina vulgaridad, hacía sus primeros sacrificios el alma anónima de Agueda Pía.

Su gesto era no tenerlo.

Marco Fortis pudo creerla perfectamente tranquila, cuidadosa como siempre de los pequeños detalles, de las diurnas atenciones de lo doméstico... ¡Qué distinta de Mónica Poldo...!

Y á cada nueva frase de Agueda Pía, crecían las tentaciones en su alma...

—Vé, Marco, vé; yo justamente tengo un poco de jaqueca esta mañana... ¡Oh, no es nada, nada...! Una horita de siesta ha de aliviarme.

Y como si el Constructor ya estuviera decidido, le alargó la mano, diciéndole con admirable lealtad:

—¿Pero vendréis á ver «Las Termas,» eh?—Los dos; está entendido. Hasta la tarde.

—Hasta la tarde, ya que tu lo quieres.

—Creo que es mejor, ¿verdad?

—Yo no me habría atrevido á proponértelo, Agueda; pero, puesto que tú lo has dicho, te hablaré francamente, sí, es mejor.

Y un poco nervioso y un poco apresurado—un poco distraído también—volvió la espalda á Agueda Pía.

Esta tuvo aún una exigencia: la última.

Sus manos crispadas se agarraron al último girón de su felicidad que se le disipaba como el humo entre los aires.

—¡Marco...! Marco!

Había tal angustia en estos gritos que el Constructor volvió sobre sus pasos asustado.

Agueda Pía sonrió primero; rió después, rió con una risa convulsiva, que no podía contener, que sonaba como una catarata de oro por aquellas soledades...

—¡Qué cara has puesto...! ¿Te has asustado? Nada, nada; quería decirte que te ibas sin despedirte de Mamá Dolores...

—Como volveré en seguida...

—No; hasta la tarde no...

—Por eso mismo; ya casi es la tarde...

Dieron las doce cuando hablábamos. Tengo un poco de prisa, si he de almorzar con Mónica Poldo.

—Tienes razón... ya es muy tarde. Corre, corre... yo le explicaré á Mamá Dolores.

Y Marco Fortis, andando ya, risueño:

—Bien, hasta después...

Esta vez, Agueda Pía no pudo contestarle de palabra. Mordióse los labios; quedó muda, agitó unas veces la mano en el aire saludando.

Sin que Marco Fortis lo notara siguió unos pasos.

El iba deprisa, deprisa como el día aquel.

Salió Mamá Dolores á la ventanita que ya conocemos, gritando:

—¡Agueda, Marco...! ¡El almuerzo!

Vino Agueda sola. Le dió mucha tristeza pensar que Mamá Dolores llamaba á los dos y que acudía ella sola.

Se le velaron los ojos.

Y, tal vez para dar tiempo á que la emoción se le disipara, dirigióse á la Casa Blanca lentamente, lentamente, como si se fuera dejando su corazón por el sendero...



CAPÍTULO DOCE

I

LA cubierta del yate, blanca, inundada de luz, en estas primeras horas de la siesta... Olor á breas, petróleos, gases, cables, vapor: olor á mundo siglo xx, en una soberana trabazon de cosas refinadas, exquisitas, fervientes y potentes, que tienen el latido somuerto de la máquina en el fondo... El pueblecito, colocado en anfiteatro junto al agua, blanquea como una decoración afortunada y dócil: á la izquierda y metiéndose en el mar, sobre el promontorio, la Casa Blanca que es enana, vista desde allí, y que parece una rara nubecilla pronta á volatilizarse en la gran luz...

Un tapíz indio, entre dos palos, sombrea unos divanes japoneses... En una mesita de laca, laborada y nacarada como un estuche de joyas, pipas, tabaco, cigarrillos, opio... Una lámpara de alcohol pone en el aire fino el lirio vago de su llama.

Sobre otra mesita, de aire fastuosamente oriental, en menudas tazas de oro arde el café turco...

Mónica Poldo fuma un kedive...

Marco Fortis, en su pipa, llena á medias de tabaco, á medias de opio, vuelve á gustar el dejo de sus antiguos días.

Todas aquellas cosas naturales, que hizo tan suyas y que le hicieron tan de ellas cuando habitó estos meses en su seno, recobran, á los ojos de Marco Fortis, vistas desde el yate, entre los aromas del café, del opio y del tabaco, su categoría de mundo inferior, visual á lo más sentimental, decorativo y típico...

Digamos, en honor del Arquitecto, que hace una escepción... Agueda Pía es más que aquellas cosas... Roza con una categoría superior. No se confunde con ellas: es su quinta esencia, es su expresión, su forma definitiva... Si ha podido llevarla estos días en su corazón, como un sentimiento, no le cuesta trabajo llevarla desde ahora en su mente de hombre de hoy, como una idea... La

ama, decididamente la ama y ella es digna de su amor...

—¿Qué piensa V., Marco?

Bruscamente, estas palabras de Mónica Poldo vienen á sacar de su abstracción á Marco Fortis.

—No pensaba nada: me dejaba arrastrar de unas vagas sensaciones.

—¿Dice V. que aquello es la Casa Blanca?

Mónica Poldo señalaba con su brazo, desnudo al tenderlo, la nubecilla blanca sobre el promontorio.

—Sí.

—¿Y Agueda Pía vive siempre allí?

—Siempre...

—Lo que V. llama «Las Termas,» ¿podemos verlo desde donde estamos?

—No...

Marco Fortis sufría con aquel interrogatorio.

Mónica Poldo, comprendiéndolo insistió.

—¿Estaba con V. Agueda Pía, ayer noche, cuando pasó el yate rozando con «Las Termas?»

—Sí.

—Entonces me oyó gritar.

—Es muy probable.

—¿Qué dijo?

—Me despedí en seguida: no hablamos de ello ayer.

—¿Y hoy? ¿Han hablado Vdes?

Todavía Marco Fortis era incapaz de una traición: había estado mirando á Mónica Poldo, como nunca miró á mujer nacida. Los blancos dientes de la semidiosa aparecieron entre la púrpura patricia de sus labios, como una amenaza triunfal. Aquellos dientes habían de morder en el corazón de Agueda Pía con una gula lasciva... Marco Fortis tuvo una compasión infinita de su amiga. Revolvióse contra Mónica Poldo bravamente. Sabía que podía herir furiosamente allí donde no había corazón que sangrara, ni pupilas que llorasen con dulzura. Respiró, como un libertado, al hallarse frente á frente de este enemigo, fuerte, poderoso, recio.

II

—Mónica Poldo, hablemos de otra cosa.

—¿Qué...?

Apenas si la urbana compostura del modo social quitaba á este monosílabo dicho con un salto de todo el cuerpo la primitiva aspereza de la indignación.

Marco Fortis, con mucha calma insiste:

—Que hablemos de otra cosa, Mónica; la curiosidad ligera que tiene V. por

esta criatura admirable me hace daño. Dejémosla en paz. Hablemos de las cosas que están á nuestro alcance.

En Venecia, Marco Fortis habría sido incapaz de este desplante.

Mónica Poldo calló, recobrándose de un despecho demasiado visible.

En este mismo momento decidía Marco Fortis que era soberanamente hermosa. Sonrió.

—Hablemos de V... ¿no basta?

Una onda de orgullo aceleró la sangre por las venas de Mónica Poldo. Volvióse á mirar á Marco Fortis sorprendida. Resistió él su mirada. Agueda Pía le había acostumbrado tenazmente á la cálida y en el fondo humilde voracidad de las miradas femeninas.

—¿De mí?—recalcó Mónica Poldo, sinceramente sorprendida.

—De V... ¿por qué ha venido aquí...?

—Tiene V. razón... No ha hecho usted nada por mí; no ha cumplido un solo de los encargos con que salió de Venecia; no habrá vuelto á pensar en nuestra obra, á pesar de mis cartas... ¿A qué he venido, pues...? Pero V. olvida que me rogó V. mismo que viniera.

Puso Mónica Poldo en estas palabras la energía del que exige la realización de un pacto.

Marco Fortis vió el abismo á sus pies. Todas las astucias, todas las malicias,

todos los refinamientos de la hipocresía femenina; todas las menudas artimañas de cartas mostradas á tiempo, de confidencias susurradas, de ardidés hipócritas, que puede emplear una mujer para luchar con otra, se le hicieron presentes al escuchar á Mónica Poldo estas palabras. Era siempre Agueda Pía la víctima de aquella lucha. Comenzaba á comprender, mejor dicho, á adivinar, el móvil de la veneciana, al emprender el viaje.

Volvió á odiarla. Y se juró á sí mismo apartar cuanto pudiera á Mónica Poldo de la divina Agueda Pía. No; esta tarde no irían á la Casa Blanca, como ésta le había pedido... Ella no sabía; sufriría, tal vez, sola, esta tarde; pero mañana, cuando él le explicara...

Marco Fortis estuvo muy contento de esta decisión que acababa de tomar porque ya hacía rato le estaba preocupando lo largo de su permanencia en el yate.

El silencio del Constructor dió á Mónica la seguridad de haberle hecho impresión con sus palabras.

—Sí; amigo mío, V. me rogó que viniera y yo, sumisa...

Sonreía.

Marco Fortis, preguntó:

—¿Sumisa...?

—Y obediente, no puede V. dudarle

puesto que me tiene á su lado; he accedido á su ruego.

¡Sumisa y obediente...! Estas palabras ponen un cerco de llamas al corazón de Marco Fortis... Sabe, por Agueda Pía, ¡siempre ella! qué tesoros de bondad y de amor encierra un alma femenina en la sumisión y en la obediencia...

Se ha puesto en pie. Ahora, un poco apoyado en la mesita, ha avanzado hasta cerca de Mónica Poldo... No se mueve la veneciana... Tiene que levantar los ojos para hablarle á Marco y éste se mira en ellos como en un bronce bruñido...

Marco tiene un plan confuso. Recuerda la especie de unción respetuosa con que mira á Agueda Pía.

¡Qué distinta de esta libertad franca y violenta con que devora á la veneciana con los ojos! Ha adquirido en estos meses un sentido de la vida que antes le faltaba. Conoce los sentimientos... ¡Qué arma en sus manos este conocimiento liberador y fuerte!

III

—¿Sabe V. por qué le rogué que viniera, Mónica?

—Lo sospecho...

Sintió Mónica Poldo que iba á llegar su entrevista con el Constructor al pun-

to álgido... Tal vez por eso empleó este verbo vago que dejaba á Marco Fortis la libertad de escoger por sí mismo el campo de combate.

—Por piedad á Agueda Pía...

—No lo niego.

—No; créalo V. profundamente. Era necesario que nuestra situación — la nuestra, Mónica, la de V. y la mía — se definiera claramente. La tranquilidad de esta adorable criatura pende de esto.

—No lo entiendo.

—No es preciso, Mónica. ¿Cree V. que la vida es solo un artificio voluntario?

—Debe serlo.

—¡No lo es! La noche de nuestra despedida, en Venecia, creía amarla á usted...

—¡Marco...! V. olvida...

—...creía amarla á V...

Las fuerzas, con las cuales contó Marco, le abandonaban. La veneciana volvió á mirarle al rostro: el Constructor, vaciló: hizo una pausa... Le tomó una mano, que ella tenía á su lado, sobre la mesa.

—... ¡y habría sido una delicia amarla, Mónica...! ¡Oh, V. sonríe! No conoce el amor; no lo conoce como yo, que lo he sentido pasar por mis venas como una embriaguez, hiriendo las ideas, torciéndolas como el sol tuerce las rosas al mediodía...!

Llevóse á los labios la mano de Mónica Poldo.

La besó ávidamente. Cuando quiso apartar su boca de ella, la veneciana, con la otra mano, le retuvo todavía... Se puso en pie...

Marco Fortis creyó entonces que había llegado á la cúspide definitiva de su existencia. Al ponerse en pie la mujer, le había atraído insensiblemente á ella... Cuando ella alarmada, retiró sus manos, Marco Fortis, asíó de su cuerpo magnífico, sintiendo bajo sus dedos resbalar la seda. Mónica Poldo, irguió su cabeza, defendiéndose... Todavía Marco pudo besarla... El cuello tibio, que rozaron sus labios, y todo el perfume diluido en aquel recodo íntimo, bajo la bóveda combada de la barba, acabaron de dar forma á su deseo.

Al sentirse rechazado, levantó él su frente dura, donde por la primera vez de su vida palpitaba la voluntad.

Ella, á unos pasos de él, le miraba indignada.

—Mónica...

—¡No!

—Mónica Poldo, lo has querido como yo: basta de hipocresías; esto era fatal.

Avanzó...

Mónica Poldo, huyendo de él, ganó una puerta...

Al inclinarse Marco Fortis para en-

trar también por ella, aunque sus ojos, donde la violencia del deseo agolpaba la sangre, veían las cosas muy confusas, recibió la impresión de un bulto blanco, acaso una nubecilla, que sobre la serenidad del mar, movía el aire.

Miró otra vez... No era el mar, era el promontorio. Y sobre el promontorio, la Casa Blanca.

Su corazón dió un salto. Marco Fortis se detuvo: una mirada circular le convenció de que nadie había sido testigo de la escena.

Abandonó la puerta... Volvió á sentarse, ébrio de opio y de deseo, en un diván...

Se pasó la mano por la frente...

Sentía un dolor, un dolor terrible en el alma: allí moría algo, algo que él no quería ver morir, algo melodioso, dulce, musical como un acorde...

IV

En la Casa Blanca, mientras tanto, Agueda Pía iba del Pico al sendero, del sendero á «Las Termas,» de «Las Termas» á las últimas rocas que se metían en el mar, impaciente, para observar el yate.

Mujer, había dispuesto sus armas para el combate que esperaba. En su sencillez, en su dignidad primaveral, se ha-

bía repuesto fácilmente de sus alarmas de la víspera... Su cariño disculpó la precipitación de Marco, aquella mañana, cuando la abandonó por saludar á Mónica... ¿De qué podía quejarse ella...? La velada anterior, toda aquella mañana habían sido para ella... Marco necesitó que ella misma se lo suplicara para visitar á aquella amiga antigua... Cuando era una cosa tan natural... Pero Agueda le agradece á Marco aquella atención... Las mismas confidencias espontáneas de Marco ¿no eran una prueba de su lealtad...? Y cuando ella le suplicó que viniera por la tarde con la veneciana ¿hizo él resistencia? Ni lo intentó siquiera... Aquí es donde Agueda Pía acabó de serenarse... ¡Oh, no dudaba ella de la sinceridad de Marco...! Pero, aunque hubiera, dudado estaba segura de leer claro en las relaciones de su amigo con la veneciana, desde el primer momento en que los viera juntos... Sabía, sabía ella que su corazón no había de engañarla... Y esperaba el momento en que llegaran ambos, con una impaciencia...! ¡con una impaciencia!

Hasta Mamá Dolores se lo conoció.

Como ella, sin darse cuenta, estaba un poco excitada y su corazón le rebosaba, tuvo forzosamente que explicarle á su madre, de un tirón, de una vez lo que

estaba sucediendo: cómo Marco le había hablado por fin; cómo eran tan felices, cómo ayer, en «Las Termas», le emocionó la llegada de aquel yate... Ya lo vió Mamá Dolores... Pero no había motivo: decididamente no había motivo... Marco Fortis había hablado sinceramente esta mañana: dejó de almorzar con ellos para cumplir aquel deber de cortesía con su protectora... Agueda Pía empleaba gustosamente esta palabra que, no sabía ella por qué, daba cierto carácter de gravedad, de reposo y aun de ancianidad á Mónica Poldo...

—Y ahora la conoceremos, Mamá; vendrá Marco con ella, para enseñarle las obras... ¿No son ellos?

No eran ellos: era una barca que pasó de largo, indiferente.

—Tal vez por el sendero...

Tampoco venían por allí: decididamente estaban en retardo.

Mamá Dolores recuerda que *aquella noche*, cuando su hija le habló por la primera vez de sus amores, tuvieron ambas, á propósito de ciertos detalles, una sospecha misma: que Marco Fortis amaba á otra mujer.

Mamá Dolores no había vuelto á hablar con su hija de aquellas cosas, hasta este momento. La sospecha se había quedado agarrada á su pobre alma enju-

ta sin que nuevas impresiones hubieran venido á disiparla ó deshacerla... Ella no había recibido, como Agueda Pía, la confesión emocionada y temblorosa de Marco Fortis... Además, Mamá Dolores era asustadiza, tímida... El dolor la había acostumbrado al dolor... Interiormente se dijo, uniendo las confidencias de esta tarde á las de aquella noche: «La mujer cuya existencia sospechábamos acaba de llegar: hija mía, estás perdida».

No habló.

Pero, compadeciendo las impacencias de su hija, se puso á andar al lado suyo por el sendero y fué diciendo:

—Yo no he hablado con Marco, hijita mía, es la verdad... Pero, en tu lugar... ¿qué quieres que te diga...? no le aguardaría.

—¿Por qué, mamá?

—Por nada, por nada... Pero, piensa bien... Tú piensas poco las cosas, hija mía. Todo te parece fácil... Todo lo ves hecho en un momento... No; no pasa así. Porque tú tienes curiosidad de conocer á esa señora, ¿crees que ella deseará conocerte...? No es lo corriente en el mundo, hija mía... Tú, como apenas has salido de la Casa Blanca... Y si Marco no tiene con ella intimidad ninguna, ¿cómo quieres que haya podido responderte de que ella vendría, sin ha-

blarle...? No, lo más acertado es pensar que hoy no vendrán ya... Marco ha dicho lo que ha dicho por no darte pena... Pero él sabía que no iba ya á volver hasta mañana... O, en todo caso, vendrá solo... Pero eso tal vez tarde; cuando la señora no pueda considerar descortés que se retire... Piensa, hija, que hay en el mundo relaciones y obligaciones inevitables... Marco está obligado á esta señora... No es él; es ella quién dispondrá lo que deban hacer esta tarde... Empieza á conformarte... ¿Ves...? Ya el sol se pone... Sé paciente; sé paciente... Al fin y al cabo, mañana has de tener la explicación de todo...

Iba, en efecto, poniéndose el sol... La infinita melancolía del crepúsculo diluía en el agua y el movimiento insistente y tenaz de las olas, rompiéndose en las rocas, decía nostalgias dolorosas...

Agueda Pía sintió que nuevamente las alas del corazón se le caían... No respondió á su madre...

En uno de sus paseos, al llegar junto á la puerta de la Casa Blanca, dijo, quedándose allí:

—Entro, mamá: noto un poco de frío... Es el otoño...

Mamá Dolores entró también y se hundió en un sillón, junto á una ventana...

Agueda Pía fué á su cuarto... Se había compuesto aquella tarde: mujer, había preparado sus armas para el combate que esperaba... Ahora le daban ira aquellas galas... ¿Cómo debía ser Mónica Poldo...? Se miró al espejo ávidamente... Nada; no le decía nada... Ella no podía resolver...

Dió unos pasos... Abrió una ventana... ¡Qué doloroso gesto el de abrir una ventana, cuando se ha perdido la esperanza...! Agueda miró, sin ver... Era bien cierto, el otoño estaba allí...

—¡Pobre padre mío!—pensó toda llorosa.—También debías recoger con dolor desde estas ventanas la melancolía del crepúsculo de otoño... A tí te traía la muerte... Pero á mí el desengaño... Padre mío... padre mío... tu fuiste más feliz que yo...

Una campana en el oro de la tarde... La oración... Agueda Pía no podía más...

Puso los brazos en el alféizar de la ventana; hundió allí la cabeza negra, como sus dolores; lloró...

—¡Marco! ¡Marco! ¡Marco! ¡Marco...! ¿por qué me abandonas...?

V

... Y, sin embargo, Marco Fortis tenía la plena sensación de haber nacido, de

tener carne sobre los huesos y hierro en la sangre, exclusivamente para llegar, por sus pasos contados, al momento aquel.

Latían sus dos pulsos con tal furia, que le daban la sensación de dos bocas furiosas mordiéndole en las sienes.

Desde que Mónica Poldo había desaparecido por la puertecita enana en lo interior del yate, todas las potencias y facultades de su sér, como obreros en fiebre, se habían puesto á reconstruirla, á sus ojos, de mil modos diferentes, en mil actitudes dominadoras y obsesantes. La hacía de pensamiento; la hacía de sangre; la hacía de sombra; la hacía de oro; la hacía de nieve: era, á veces, infinitamente pequeña y sus ojos la absorbían y sus fauces la tragaban y le hormigueaba, como si estuviera diluída en el aire, por los dedos, por las sienes, por los carrillos, por los labios... Era, á veces, gigantesca y él entraba armado de hacha en la selva erizada de su cabeza negra... Ella había querido defenderse; levantaba un brazo: quedaba el hacha clavada en una vena y fluía, fluía la sangre espléndida, caliente, embriagadora, ahogándole...

—¡Mónica...!

Toda la vida del Constructor era una pesadilla ténue y ella sola la Realidad...

Agueda Pía surgió entonces... Le tenía una profunda compasión... Marco Fortis sabía que su Agueda Pía había de compadecerle en aquel instante... Era maternal, Agueda Pía, y le enseñaba á amar... Armaba su corazón y le fortalecía, echando en él sangre del suyo... Marco Fortis veía que Agueda Pía iba á morir exangüe; pero no tenía el valor de evitar su sacrificio... Necesitaba de ella para fortalecerse, para *enamorarse*, para triunfar de Mónica Poldo, oponiendo fiebre á fiebre; audacia á audacia; amor á amor; sexo á sexo...

«Gracias, Agueda Pía... Eres mi divina Agueda Pía... Jamás te olvidaré...» Y ella moría... Marco Fortis sentía su corazón fortalecido con la sangre de otro corazón. Sentía su persona confirmada en el influjo que había ejercido sobre otra persona... Aquella muerte le amaestraba en la eficacia del amor...

Partía, furioso como un guerrero antiguo, al encuentro de Mónica Poldo; cuando ella se erguía, él la castigaba, violentándola... Si ella amenazaba y atacaba, Marco Fortis se defendía poniendo entre él y la Amazona en celo, el cuerpo delicado y muerto de Agueda Pía, como un escudo protector...

Había cerrado la noche... Pasaron unos hombres de la tripulación, ha-

ciendo sonar unas cadenas sobre cubierta.

—¡Oh! ¡oh! ¡oh!—pensó entre sí Marco Fortis, levantándose del diván en que yacía, como embrutecido.—Esto no es la realidad: esto es el opio... ¿qué me pasa?

Tambaleó, al hallarse en pie... Se pasó instintivamente la mano por las sienes... Miró á su alrededor... En la recia espesura de las sombras, él buscaba algo...

Habría bastado poca cosa. Una sola lucecita blanca irradiando del sitio que él sabía, le habría salvado tal vez en aquel naufragio de su alma.

Pero la tiniebla era cerrada, densa... Le costó orientarse... ¿Habían zarpa-do, mientras le embargaba aquel sopor extraño y navegaban ya por alta mar...? No; las luces del pueblecito, á su espalda, le tranquilizaron...

Pero de la parte hacia la cual miraba, nada... Ni una ventanita iluminada; ni la sombra en la lejana luz, que él conocía... ¡qué dolor!

Surcó una estrella errante el mudo terciopelo de la noche... Fué á morir, precisamente allí... Marco Fortis, italiano, tuvo un estremecimiento: luego lo que él temía iba á cumplirse...

Sonrió, con una amarga risa, donde había la mofa cruel de todas las cosas nobles y puras de este mundo.

Se encogió de hombros... Repitió, en otro tono, «¡qué dolor!»

Y entró por la puertecita, abandonando la cubierta.

Una racha de aire de montaña triunfal, impetuosa, audaz, rasó el mar en aquel punto... Hizo vibrar todos los mástiles de las embarcaciones surtas á dos pasos; tendió todas las cuerdas; desgarróse, en su marcha huracanada, por todos los obstáculos; se dejó cortar por todas las rocas puntiagudas de la costa y levantó, de un solo impulso, en la paz de la bahía, una sinfonía chillona, descompuesta, sarcástica, de risas, de gritos, de aullidos, de silbidos...

Castañetearon todos los dientes en la boca de vieja de la Noche.